

DEJANDO LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

ACERCA DEL LEGADO DE MARC BLOCH Y LUCIEN FEBVRE

Víctor M. González

Esparza

*Profesor Investigador
Universidad Autónoma de Aguascalientes*

“el mundo... pertenece a aquellos que
aman las cosas nuevas”

Marc Bloch, *L'Étrangedéfaite*, 1940.

“El mundo de ayer terminó. Terminó para
siempre. Si nosotros (...) tenemos una posi-
bilidad de salvarnos, es comprendiendo más
rápido y mejor que los otros esta evidente
verdad. Dejando los restos del naufragio.”

Lucien Febvre, *Combates por la historia*,
“De cara al viento. Manifiesto de los nuevos
'Annales'”, 1946.

1. La historiografía desdeñada.

Repetimos hasta el cansancio los puntos cen-
trales de la “revolución historiográfica” fran-
cesa y, sin embargo, poco han permeado en
la manera de hacer historia en México. Una
historia fincada en el análisis (de preferencia
comparativo), en la interdisciplinarietà, en
el diálogo entre los tiempos, pocos adeptos ha
tenido en el país, de tal manera que la nueva
historiografía pareciera un discurso más, que
dificilmente puede concretarse en los estu-
dios históricos en uso.

Quizá ello pueda explicarse por las implicaciones de la “historia matria” en los planes y programas de estudio de las carreras de historia, particularmente de las universidades de provincia (y aquí lo provinciano no tiene connotación peyorativa). Si bien don Luis González (mantengo el don porque sin haber sido mi maestro, reconozco desde luego su don de gentes y su calidad académica) participó de las ventajas de la nueva microhistoria, su bonhomía, sus alumnos y su espíritu poco combativo inclinó la balanza hacia la reconstrucción de lo local sin espíritu efectivamente innovador. El llamado de don Luis, de que la historia “matria” era una suerte de venganza contra el centralismo, privilegió cualquier tipo de historia local o regional, sin referentes historiográficos, frente a la posibilidad de construir una nueva historia. Quizá porque la novedad de la microhistoria mexicana estaba sólo en el tamaño de la escala y no en los métodos que ampliaron el terreno del historiador en el siglo XX.

De esa manera, desafortunadamente, el espíritu de cambio de Lucien Febvre y Marc Bloch difícilmente ha sido continuado por las nuevas generaciones de historiadores. Por ello es pertinente recordar lo que estos dos historiadores enfrentaron, lo cual los impulsó a crear una revista que albergara la nueva historia, libros que combatieran a favor de ésta, y que mostraran que hay otras formas de escribirla, proyectos e instituciones de investigación que continuaran con la tarea, y sobre todo promover una actitud de la historia vital, cercana a la vida, lo cual frecuentemente se olvida entre los “anticuarios”.

2. La crítica a los anticuarios.

Cuando un grupo de historiadores fueron con Lucien Febvre, al día siguiente de que apareciera el libro de Paul Valéry *Miradas al mundo actual* (1931), para quejarse y proponerle que respondiera a nombre de la corporación, Febvre les respondió que no lo haría por el simple hecho de que “estaba de acuerdo” con Valéry.¹

Para Valéry, como para varios intelectuales del momento, el mundo se encontraba en una encrucijada, en un drama histórico y político inextricable, y la historia que se escribía poco ayudaba a comprenderlo. Por ello la famosa referencia de Valéry: “La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto...”²

Sin embargo, la cita anterior generalmente se descontextualiza porque Valéry argumentaba en contra de un pasado nacionalista e ideologizado. Continúa Valéry sobre esta historia: “Hace soñar, embriaga a los pueblos, genera en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, conserva sus viejas heridas, los atormenta en el reposo, los lleva al delirio de grandeza o al de persecución, y hace que las

1 Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología por la historia o el oficio de historiador*, FCE, 1998, p.16. Agradezco a Enrique Rodríguez Varela la recomendación y préstamo de este libro de Mastrogregori. Desde luego es fundamental la relectura de Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición anotada por Étienne Bloch y con Prefacio de Jacques Le Goff, FCE, 2ª reimp., 2006, que se ha convertido en el manual de todo historiador pero poco comprendido, y Lucien Febvre, *Combates por la Historia*, Ed, Ariel, 3ª. Ed., 1974.

2 *Cit.pos.*, Massimo Mastrogregori, *op.cit.*, p.15.

naciones se vuelvan amargadas, soberbias, insoportables y vanas.”³

Ningún historiador más o menos razonable estaría ahora en desacuerdo con Valéry. De hecho, la crítica a la llamada “historia oficial” conserva mucho de la crítica “veleryana”; sin embargo, los “discursos” posmodernistas en uso (es decir, los que consciente o inconscientemente utilizan los jóvenes historiadores) han terminado por cuestionar no sólo a los “metarelatos” de la historia nacionalista, sino también todo intento por reflexionar sobre la cuestión política contemporánea. En este sentido, paradójicamente, el posmodernismo se ha amalgamado con una historia local o regional que ha favorecido la fragmentación, profundizando el desdén por la política como constructora de identidades y de proyectos en común.

3. *El compromiso del historiador.*

Febvre y Bloch, a pesar de sus diferencias, mantuvieron juntos una actitud combativa frente a los “ídolos” del historiador: a) la especulación histórica arropada en grandes teorías; b) la historia alejada de las problemáticas del presente (de ahí lo de anticuarios); c) la historia local sin ambición de comprender realidades más amplias; d) la historia apegada a “lo que realmente sucedió” sin reflexión y análisis; e) la historia política tradicional de héroes y villanos o inmersa en una teleología que termina por justificar todo. Iniciaron así, “una distinta y más nueva historia.”

Marc Bloch, por ejemplo, mantuvo hasta el final de sus días una preocupación por la manera en que el pasado es reconstruido y transmitido, por el papel que una mala historia o un pasado ideologizado puede jugar en la toma de decisiones, de ahí su permanente análisis de la “memoria colectiva”, retomando el concepto de su amigo Maurice Halbwachs. Su explicación sobre la “extraña derrota” francesa frente a los alemanes representó una derrota no sólo militar sino también intelectual, en el sentido que los líderes franceses no estuvieron preparados para enfrentar nuevas realidades (algo similar escribiría pocos años después Daniel Cosío Villegas en la primera crítica a la revolución mexicana). Por ello la necesidad de escribir una nueva historia que permeara además a las nuevas generaciones, una historia que impidiera que el pasado “pese demasiado sobre los hombros de los hombres”, como lo escribió Febvre,⁴ una historia cercana a la vida.

En un texto inédito de meditación sobre la historia, posiblemente posterior a 1940, Marc Bloch se refiere a “la acusación que tantas veces ha sido manifestada contra la historia... La historia, se dice, es mala consejera...” Menciona luego que es una acusación que no inventaron ni Paul Valéry ni Nietzsche, y cita para mostrarlo al viejo Volney, historiador, en una lectura de 1799: “Cuanto más analizo las influencia que la Historia ejerce sobre las acciones y las opiniones de los hombres, más me convenzo de que ésta es una de las fuentes más fecundas de sus prejuicios y de sus errores.” Y en el mismo texto Bloch realiza

3 *Ibid*

4 Lucien Febvre, *op.cit.*, p.244.

una reflexión sobre la memoria colectiva y su manera de transmitirse:

*“El recuerdo, así entendido, constituye un elemento vital en toda mentalidad de grupo (...) para conocer bien una colectividad es importante, antes que nada, encontrar nuevamente la imagen, verdadera o falsa, que ella misma se formaba de su pasado. Como las memorias individuales, continúa Bloch, la memoria colectiva a menudo es bastante corta. Sobre todo, creada en teoría para conservar, constituye un instrumento maravilloso de olvido y de deformaciones... Porque a los errores de registro de los cerebros, añade los errores de transmisión, casi fatalmente inherentes al intercambio entre pensamientos humanos(...)”*⁵

De esta manera, Bloch al igual que Febvre, da la razón a la vieja acusación (de que la historia es mala consejera) pero además trata de explicarla a través de la construcción y transmisión de la memoria colectiva y, más aún, de cómo ésta “escurridiza” tiene efectos nocivos sobre las mismas comunidades. Porque una historia mal recordada y mal contada puede ocasionar “la extraña derrota” de un pueblo. De ahí que en L'Étrangedéfaite, un “testimonio escrito en 1940” como era su primer título, escribiera Marc Bloch: “El triunfo de los alemanes fue básicamente una victoria intelectual, y quizá en ello reside el hecho más grave.”⁶ Porque la historia en la que se inspiró la resistencia francesa no era una historia viva, que aceptara el cambio y la posibilidad de continuar aprendiendo, sino una historia basada en recuerdos de los viejos triunfos, una historia finalmente inútil ante las amenazas del mundo. Y esta advertencia fue el principal legado de Bloch.

En los últimos años la figura de Marc Bloch pareciera agrandarse frente a la Lucien Febvre, incluso algunos historiadores (entre ellos el propio Étienne Bloch) han promovido la idea de los conflictos entre ambos e incluso la tardanza en la publicación del último libro de Marc Bloch precisamente su *Apoloía para el historiador...* Pero habría que recordar la dedicatoria de este manuscrito a Febvre:

*“Hemos combatido, largamente, juntos, por una historia más amplia y más humana. En el momento en que escribo, comenta Bloch en 1941, se ciernen muchas amenazas. No por culpa nuestra. Somos los vencidos provisionales de un injusto destino(...) Entre las ideas que me propongo sostener, sin duda más de una me llega directamente de usted. De muchas otras, no podría decidir, con plena conciencia, si son suyas, mías o de ambos...”*⁷

Ahora bien, el lenguaje de Lucien Febvre fue el combativo. Si el mundo de ayer terminó para siempre:

*“expliquemos el mundo al mundo. Por la historia. Pero ¿qué historia?”, se pregunta Febvre, ¿La que cuenta la vida de María Estuardo? ¿La que durante cincuenta años estudia los dos últimos segmentos del cuarto par de patas? Perdón, me confundí... Pues bien, no. No tenemos tiempo. Demasiados historiadores bien formados y conscientes (eso es lo peor), demasiados historiadores se dejan influir por las pobres lecciones de los vencidos del 70. ¡Trabajan bien, claro! Hacen historia de la misma manera que tapizaban sus abuelas. Al puntillo. Son aplicados. Pero si se les pregunta el porqué de todo ese trabajo, lo mejor que saben responder, con una sonrisa infantil, es la cándida frase del viejo Ranke: “Para saber exactamente cómo paso”. Con todo detalle, naturalmente.”*⁸

5 *Cit.pos.*, Massimo Mastrogregori, *op.cit.*, pp.41-42.

6 *Cit.pos.*, Massimo Mastrogregori, *op.cit.*, pp.48-51.

7 Marc Bloch, *op.cit.*, p.39.

8 Lucien Febvre, *op.cit.*, p.68.

¿Pero de qué historia estamos hablando entonces, mi querido Febvre? De la historia que “comprende y hace comprender”, de la historia “que responde a las preguntas que el hombre de hoy se plantea necesariamente”, de la que ofrece “explicaciones de situaciones complicadas”, la que trabaja “con una buena hipótesis de trabajo en la cabeza”, porque “sólo es digno de este hermoso nombre (de historiador) quien se lanza completamente a la vida, con la sensación de que sumergiéndose en ella, bañándose en ella, penetrándose en ella de humanidad presente, despliega sus fuerzas de investigación, su potencia de resurrección del pasado. De un pasado que detenta y que restituye, en intercambio, el secreto sentido de los destinos humanos”. Este legado de la historia es “lo que siempre ha sido, aquí, para Marc Bloch y para mí (...).”⁹

Bibliografía

- Lucien Febvre, *Combates por la Historia*, Ed. Ariel, 3ª. Edición, 1974.
- Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición anotada por Étienne Bloch y con Prefacio de Jacques Le Goff, FCE, 2ª reimp., 2006.
- Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología por la historia o el oficio de historiador*, FCE, 1998.

⁹ Lucien Febvre, *op.cit.*, pp.70-71. Acomodé desde luego las respuestas de Febvre para recuperar un poco su estilo, VMGE.